

Marcelo Illanes

Infierno y Caos

Illanes, Marcelo
Infierno y caos / Marcelo Illanes. - 1a ed. - Caimancito: Marcelo
Illanes, 2019.
219 p.; 22 x 15 cm. ISBN: 978-987-86-1016-0.
Narrativa Argentina Contemporánea.

Printed and made in Argentina. Impreso y hecho en Argentina.

ISBN: 9789878610160

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, o su almacenamiento en un sistema informático, su transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros medios sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Índice

Prólogo	5
Los hijos de Medusa	9
Tatuajes en la lluvia	¡Error! Marcador no definido.
Ideales	¡Error! Marcador no definido.
Geraldine	¡Error! Marcador no definido.
Rogelio Lacomte	¡Error! Marcador no definido.
Augusto Aguilar	¡Error! Marcador no definido.
Venganza prolongada	¡Error! Marcador no definido.
Maeline Fauré	¡Error! Marcador no definido.
Seiscientos pesos	¡Error! Marcador no definido.
Gz	¡Error! Marcador no definido.
Ismael Ugarte	¡Error! Marcador no definido.
Medio vaso de vino tinto	¡Error! Marcador no definido.
Clara	¡Error! Marcador no definido.
Infierno y caos	¡Error! Marcador no definido.

Prólogo

Comencé a escribir cuentos una tarde calurosa de enero de 1995. El motivo: la pesadumbre y el enojo al no encontrar por ningún sitio la novela que hasta el día anterior estaba leyendo; agravado por el delirio veraniego que sufría de niño en una casa con techo de chapas, sin ventilador, ni heladera, en un rincón de las yungas, en un pueblo, en Caimancito. Otro motivo para empezar a escribir: esa expectación al borde del precipicio o esas ganas de llorar, que dejan las grandes obras literarias. En mi caso se trató de una vieja novela, sin tapas, de hojas amarillentas y ajadas, con el faltante de las primeras veinte páginas. Precisamente la novela que desapareció ese verano de 1995.

Con esa novela habité en la Guayana Francesa en el 1700, pude ver desde lo alto de un árbol, sacudido por el viento caliente de la tarde, a un niño —hijo de esclavos— y a una niña —hija del dueño de una finca azucarera— que corrían hacia la cima de una colina. En un pequeño altar en el hueco del árbol en el que yo estaba trepado, el niño conjuraba hechizos para salvar a la madre de la niña. Los rituales eran salvajes y solemnes a la vez, jamás había visto algo semejante, el humo azulado y espeso que se desprendía de la pequeña llama en el hueco del árbol me hacía lagrimear y por momentos me impedía ver con claridad la escena. La niña cerraba los ojos, daba un paso atrás pero su rostro se acercaba

como si estuviese hipnotizada por el fuego y el humo, los terribles gruñidos y cánticos del niño eran capaces de agitar el bosque y de detener el tiempo.

Pero las noches de fiebre y dolor eran despiadadas. La madre de la niña moría una tarde lluviosa, yo espiaba desde una ventana, a través del resquicio que dejaban las cortinas. Escuché, pese al ruido de la lluvia, con toda claridad lo que el cura le decía al padre de la niña, pero antes había estado sordo para las últimas palabras de aquella boca de labios partidos y secos, las palabras de esa mujer joven y hermosa que no se resignaba a la muerte.

Los niños continuaban con sus encuentros en la cima de la colina, construían un refugio, con hojas y ramas, que al principio les servía de sala de juegos y llegada la adolescencia, en santuario del sexo más apasionado del que haya sido testigo un niño de nueve años, como lo era yo.

Todo parecía haber retornado a un nuevo equilibrio, donde la madre de la niña se había convertido en el ímpetu que le prometía la felicidad a la niña y en consecuencia también al niño hasta que aparecía un negro brujo de casi dos metros de alto, fornido y algo desquiciado. Lo recuerdo conversando con su machete, no sé porque hechizo el machete opinaba y daba consejos. Muchas veces les conté a mis allegados sobre esta novela y llegada a esta parte de la historia, una mueca o una risa torcía la boca de mi interlocutor, sí, amigo, sí, querida, el negro hablaba con su machete, discutía con su machete. Tal vez eso del machete fuese un puro simbolismo o el nombre que el negro daba a su falo. Esas son sospechas de un adulto descarriado, en esa novela que transcurría en la Guayana

Francesa del siglo 18 no había ningún indicio que hiciera pensar que el machete no fuese otra cosa que un simple machete parlante y ¿qué problema había con eso? Al niño que fui y al adulto que soy no le causará ningún pudor seguir recordando que en una vieja novela un machete habló.

No puedo recordar cómo es que este negro causaba la separación de la pareja. La niña era llevada a París para completar su educación, y el niño, martirizado con largas jornadas en los cañaverales bajo un sol llameante. De la niña no se sabía nada más, el resto de la historia se centraba en el niño y su sufrimiento. Una noche escapaba en un buque. El buque mercante naufragaba víctima de una enfermedad desconocida, quizás la peste negra. Muchos obstáculos lo separaban de su libertad y de su amada.

Tal vez nunca sabré si la pareja volvía a encontrarse, si ella lo recordaba, si él conservaba intacto su amor, qué fue de la vida del negro brujo que hablaba con su machete. Porque una mañana la vieja novela desapareció. Hasta hoy la busco. Es una empresa difícil, sin saber su título, ni el nombre del autor, ¿cuántas novelas desarrollarán tramas similares? A esa desaparición misteriosa y a aquellas tardes calurosas de enero, les debo en gran parte esta pasión y este vicio, la manía de escribir ficciones.

Este libro que está en tus manos, querido lector, sufrió mucho, los cuentos que lo componen fueron muchos cuentos, crecieron y cambiaron conmigo, soportaron el paso de los años y aquí están, magullados y polvorientos.

Los hijos de Medusa

Siempre me parece que despierto sabiendo el nombre del niño, y me estiro entre las sábanas, apoyo una mano en la nuca y con un gran bostezo me digo: ya está, lo conseguí. La causa de todos mis miedos tiene un nombre y no sólo una cara, no sólo una mirada. La mirada de ese niño que vuelvo a ver cuándo las horas de trabajo se acaban y ya no queda nada por hacer, más que regresar a casa.

Pero ese alivio se termina después del largo bostezo. Mi cuello cruje, como si el bostezo se hubiera petrificado conmigo y su peso lo quebrara. El nombre es el de un amigo más reciente, el de mi hermano que murió a las pocas horas de haber nacido, o un nombre extraño, de esos que nadie usaría para llamar a un ser humano, que se parece más a esos nombres que tanto enojaban a mis ovejas.

Es una tortura sin nombre vivir en este «lo tengo en la punta de la lengua». No sé qué fuerza brutal me impide escapar de esta isla que yo mismo levanté, como otros edifican una casa o construyen un barco, cargué cada piedra bajo el asecho de los ojos de un niño sin nombre.

Existe alguna posibilidad de que él tampoco me recuerde. Que yo haya quedado relegado en lo más tenebroso de su pasado. No sé de dónde saco esa seguridad, mi memoria es como un campo minado con grandes cráteres y restos humanos esparcidos. Todavía puedo ver a ese niño entrar al aula de la mano de su madre. ¿Era su madre? No sé si era su madre, era una mujer, de eso estoy seguro, aunque en algunos sueños es mi tío Esteban el que lleva de la mano al niño y le acomoda el cuello del delantal, le frota el cabello hasta que la puerta del aula se abre y el niño entra.

Muchas veces les conté estos y otros sueños a mis colegas, pero no me comprendían. Mis palabras eran como una casa en medio del bosque y ellos, unos niños asustados que no se atrevían a acercarse, a golpear la puerta. Opinaban, me aconsejaban: no dormir bien; o bien, no dormir, las alucinaciones por el estrés; o el estrés por las alucinaciones, y en sus caras siempre un pequeño espasmo en el labio superior derecho les delataba la risa, la satisfacción de creerme un loco. No los culpo, también llegué a creerlo.

Me parece que nunca logré explicar de forma racional el miedo que ese niño—que su mirada—, me causaba, tampoco pude contar mis sueños como el tío Esteban contaba sus cuentos. *Lo que natura non da, salamanca non presta.* Tal vez sea por eso que nadie comprendió la magnitud de mi problema. Y mi problema quizás no sea ese niño, sino lo que mi memoria hizo con él, al arrancarlo de sus huesos y sumergirlos en los cuentos del tío Esteban.

Aún hoy recuerdo bastante bien esos cuentos. El esqueleto de esos cuentos a los que seguramente les fui modificando su carnadura. Mi memoria es como un campo minado, ya lo dije, y no me sorprendería encontrarme entre los restos. A veces pienso que hubiera sido una mejor persona si no tuviera tantos recuerdos y que el haber olvidado el nombre del niño fue algo bueno, algo necesario para continuar con mi vida. Aunque ese pensamiento se desvanece en la desesperación. ¿Para qué sirven esos recuerdos? ¿Para qué sirven los recuerdos?

Los recuerdos del tío Esteban, por ejemplo, no creo que sirvan de mucho. Todavía me acuerdo de la tarde que llegó con la noticia de que su esposa se había muerto, y en sus ojos se adivinaba las noches en vela, los litros de whisky o de tequila, la preocupación, el cansancio, pero no la tristeza. En sus ojos jamás vi la tristeza. Una trombosis oportuna lo había liberado de su cautiverio, comentó el tío Esteban como si estuviese hablando consigo mismo; aunque en realidad conversaba con mi padre en el comedor, rodeado de los retratos oblongos en blanco y negro de los abuelos y bisabuelos, que nos miraban siempre con una expresión de melancolía o de enojo. La palabra cautiverio se me quedó grabada, ahora la comprendo en toda su extensión.

El tío Esteban siempre hablaba mirando fijamente a mi padre, quitándose por momentos los anteojos para limpiarlos, ese día no lo miraba, parecía concentrado en esos retratos de mis abuelos y bisabuelos que nunca conocí y que mi padre tanto adoraba. No recuerdo que más dijo el tío Esteban ese día, si recuerdo sus gestos y los gestos de mi padre, como si alguien les hubiese quitado el sonido a esos recuerdos.

En cierto momento el tío Esteban cerró los ojos y encendió un cigarrillo. Esa larga y serpenteante llama del encendedor estuvo cerca de quemarle la punta de la nariz, pero parecía no importarle. Esa llama se reflejaba en el cristal de sus anteojos y tampoco le importaba, miraba a través de la ventana, no sé qué miraba; la calle, los árboles, los autos, los vecinos, los estorninos que a esa hora de la tarde se daban un baño en el bebedero del jardín. Se acomodó en el sillón de muselina, el mejor sillón de la casa, en el que siempre se sentaba mi padre y que emanaba una exhalación al sentarse uno en él como si fuese un suspiro de alivio que recorría toda la casa. Ese día, aquel suspiro no apareció. Y el tío Esteban seguía contándole a mi padre los pormenores del día en que perdió a su segunda esposa.

Hace tanto tiempo de eso, todavía recuerdo la casita de Lavalle y Lugones, ahora inexistente, demolida para dar paso a una torre de departamentos. Había una puerta de doble hoja con una ventanilla que me dejaban abrir en ocasiones importantes, por la que vi incontables veces el espectáculo de la nariz del tío Esteban: era un pájaro ganchoso y flaco que buscaba sus alas o más bien un pájaro que era todo pico y todo nerviosismo y que se calmaba con mis carcajadas, o cuando yo lograba atraparlo hecho de nuevo nariz en la cara del tío Esteban.

Esa inocencia de la infancia me haría mucho bien ahora, sino fuera irrecuperable. En las noches en que consigo dormir y descansar; sí, dormir y

descansar al mismo tiempo, puedo ver cientos de pájaros detenidos en un cielo sin nubes. No vuelan, de eso estoy seguro, tampoco planean, están paralizados como si la vida o el transcurrir del tiempo se hubiera detenido para ellos. No me acerco a indagar qué detiene su vuelo, no quiero que pase lo mismo que sucedió con las ovejas. Desde muy lejos, kilómetros, como si estuviera mirando por un largavista, puedo ver sus alas abiertas y paralizadas, y sus cuerpos hechos de plumas negras por momentos azules, violáceas o verdosas, muy diferentes al pájaro saltarín que representaba el tío Esteban cuando yo era un niño. Me despierto sospechando que algo tienen que ver esos pájaros detenidos en el cielo con ese niño que fue mi compañero de clases por unos meses.

El tío Esteban nos visitaba cada vez que llegaba a la Argentina, sus visitas eran frecuentes a pesar de que vivía en México a unos 6800 kilómetros de distancia. Llegaba al atardecer, yo estaba sentado en la vereda a veces solo, a veces con mis amigos del barrio, y cuando pensaba que ya nada podía suceder llegaba ese auto. El auto que traía al tío Esteban, seguramente un remis que tomaba en el aeropuerto, por lo general era de un color oscuro, llegaba a toda velocidad y a toda velocidad se iba, después de frenar con un chillido. El tío Esteban se quedaba, nunca supe el porqué, en la vereda de enfrente; con una maleta de cuero en cada mano, de esas que venían con un cinturón también de cuero y una gran hebilla plateada, en compañía de su segunda esposa y después solo. Nunca le pregunté por qué viajaba tanto, me conformaba con poder escuchar sus cuentos que me arrastraban a un mundo regido por otras reglas, sus cuentos que eran otro mundo donde el miedo podía palpase, se respiraba, crecía sobre sí mismo hasta ser un gran muro o una montaña o la sombra de una persona que huía o se quedaba paralizada y con una inflexión de su voz se destruía, y renacía en cada rincón con renovadas fuerzas.

Un día le pregunté si de verdad había visto cómo las gorgonas descarnaban el cuerpo de Perseo, me dijo que sí, mientras frotaba con paciencia sus anteojos con ese pañuelo rojo que siempre aparecía en sus manos, lo había visto con sus propios ojos. Se quedó callado mirando el cielo oscuro sin estrellas como si estuviese viendo algo interesante, y yo también alcé la vista por curiosidad, pero aquel cielo me pareció un enorme pozo al que podía caerme en cualquier momento. Bajé la mirada al suelo y sacudí la cabeza para sacar de mi mente esa imagen, y de nuevo estaba ahí, por suerte estaba ahí la casita de Lavalle y Lugones con sus paredes chorreando el verde del moho que mi madre nunca pudo quitar, mal iluminada por un foco que colgaba de un poste, mis primos también mirando el cielo y el fondo plagado de matorrales amarillentos desapareciendo en la oscuridad. Me sentí en una isla y tal vez di un grito, no estoy seguro, pero de alguna manera sentí que había interrumpido una comunicación sobrenatural, algo ajeno a mi entendimiento.

El tío Esteban se acercó a mí, se puso de nuevo los anteojos, me levantó la cara con una mano y me dijo, con una voz que no era la suya: no lo vi con estos ojos

que tengo ahora. No le entendí y ya no me animé a preguntarle sobre esos hijos que había tenido Medusa. ¿Dónde estaban? ¿Había alguna forma de reconocerlos? ¿Cómo podía evitarlos? Y llegado el caso, ¿cuál era la forma de vencerlos? Esas preguntas me despertaron a medianoche durante las siguientes semanas, con el tío Esteban ya a miles de kilómetros, en Durango; todavía sintiéndome atrapado en una isla.

En esa isla me hallaba cuando conocí al niño, mejor dicho, a sus ojos, que se convertirían en el recuerdo más perturbador de mi infancia. No por su color, aunque haciendo memoria no recuerdo haber visto de nuevo esa tonalidad entre gris y verde, sino por la intensidad de su mirada. Recuerdo muy bien su cara, sus rasgos, los que determinaban su existencia en el mundo real de aquellos años, pero no su nombre. Su nombre aparece en mis sueños como un conjunto de trazos y manchas como las que deja la humedad y los malos tiempos en las paredes, y que de tanto mirarlas adquieren formas insospechadas, o como un dibujo que alguna mano desde otra realidad hizo para que yo la encuentre, que nadie más podrá ver. Aunque a veces es todo lo contrario: un dibujo cualquiera, que cualquiera hubiera hecho sobre la arena de una playa, de un arenero, con unas manos como las de mi tío Esteban, que sabían moldearse sobre sus huesos, como hizo Medusa sobre los huesos de Perseo, para que su sombra sea una serpiente, o un conejo o un perro que iba convirtiéndose en hombre.

Me acuerdo cuando Clarisa lo presentó en clase, lo paró al frente, le sacó la mochila, le acomodó el cabello; y con la risita de siempre le dijo que era bienvenido y le preguntó su nombre. Ese niño me miró fijo como si pudiera verme por dentro, hasta sentí que el frío me entumecía los huesos y en mis venas empezaba a formarse la arena, como contaba el tío Esteban que sucede cuando alguien mira los ojos de Medusa, o de los hijos de Medusa.

Ese niño había entrado unas semanas después de empezadas las clases, cuando ya todos nos conocíamos. Al principio se quedaba solo, Clarisa le prestaba más atención que a los demás, lo vigilaba, nunca lo perdía de vista. Sin decirle ni una palabra lo tomaba de la nuca y lo llevaba de aquí para allá tratando de encontrarle, creo yo, un lugar donde pudiera por fin sentirse cómodo. Pero el niño permanecía inmóvil en su asiento hasta desaparecer entre las mesas y las sillas.

Lo veía a través de la ventana de vidrio, desde las hamacas, su perfil alargado parecía estamparse en la pared del aula; ser uno de los enanos que cruzaban en fila por el bosque, y aunque rechazaba nuestros acercamientos con un «ahora no, más tarde» fue el único que aguantó el rito de iniciación: enfrentó el interrogatorio de Clarisa con una tranquilidad espantosa. Sé que ella disfrutaba de ese método de tortura: acorralar a preguntas a un niño de cinco años hasta hacerlo llorar. A todos nos había tocado, eso era lo suyo. Con él no lo logró. Cada respuesta la superaba. Ella se mordía los labios, no conseguía sostenerle la mirada, aunque con qué vehemencia

lo intentaba una y otra vez. Alguna parte de mí quería que por fin lo mirara fijo a los ojos, que algún vestigio de la estirpe de ese niño se hiciera presente y todo terminara de una vez, pero ella se limitaba a seguir preguntando y él a responder sin el mínimo indicio de la lágrima, seguro que ella deseaba tirarle de las orejas, pero él no le daba motivos.

Es extraño que haya olvidado su nombre, porque siempre me consideré con una buena memoria, no prodigiosa, pero si trabajada con obsesión durante mis noches de repasar palabra por palabra los cuentos del tío Esteban, hasta que lograba entrar en un estado parecido al sueño. Aún hoy puedo ver la sombra alargada del tío Esteban, pasearse por el fondo de mi casa con la luz vieja del foco en la frente y la pared verdosa en la espalda, agitando sus brazos como serpientes y su voz confundándose con el ladrido de los perros de los vecinos: «en una isla en los confines del mundo viven las gorgonas, Medusa, Esteno y Euríale. Hijas del capricho de una Diosa, monstruosas criaturas con una mirada que enturbia la sangre hasta convertirla en arena, y los huesos y carnes se transforman en piedra. En sus ojos viven la oscuridad, la pesadilla y el frío de los inviernos, sus cabellos son serpientes, en sus espaldas un par de alas cubiertas de negras láminas tan duras como el acero, las envuelven también por delante como un vestido».

Cerrar los ojos y ver la oscuridad tranquila del fondo de mis párpados durante toda la noche, ver las luces nacer desde la nada y fundirse hasta ser de nuevo oscuridad era una fiesta que disfrutaba cuando era un niño, o esa otra oscuridad que muy pocas veces, quizás tres o cinco noches al mes que no era como una fiesta, pero me daba algo de descanso: ese no soñar, esa sensación de cerebro apagado. Pero lo mío era siempre lo mismo casi todas las noches, hasta que soñé con un campo de pasto verde, muchas veces intenté encontrarle un límite, pero era imposible. Un día encontré un lago rodeado de un pequeño bosque de durazneros donde yo suponía en sueños que debía estar la casa del tío Esteban. Busqué la casa del tío Esteban, sólo encontré un jacal y a una pareja de ancianos que me recibían confundíndome con su hijo y me decían que nunca hubo una casa como la que yo buscaba. Otra noche encontré a un corderito recién nacido al que cuidé y alimenté hasta que recuperó las fuerzas. Algunos días después todo se fue plagando de ovejas.

Como no podía contarlas les puse un nombre distinto a cada una. Las primeras me salieron muy fácil; a las demás no les fue tan bien porque sus nombres me salieron forzados, fruto de un juego contra el tiempo: debía encontrar un nombre antes de que mamá terminara una vuelta de puntadas a los escarpines que intentaba terminar todas las noches; mi mamá no era buena tejiendo, eso me daba un poco de ventaja. Los primeros meses me funcionó de maravilla, el rebaño pastaba silencioso a orillas del lago y yo me levantaba descansado, después conocí a Clarisa, luego al niño y todo se complicó otra vez.

Una noche vi nacer un cordero. En mi sueño atardecía, el agua del lago lanzaba reflejos rojizos y el pasto se veía rojizo, los duraznos maduros se veían rojizos incluso el cordero, pero este creció y seguía siendo rojo. No le puse nombre, con infinidad de excusas evitaba tener que nombrarlo, hasta que amanecía y debía abrir los ojos, vestirme, ir a la escuela. Creí que podía hacer lo mismo con el niño, ignorarlo, fingir que no existía o que jamás había llegado a conocerlo. Esto funcionó por un tiempo.

Nunca le conté nada de esto a mi madre. Debí hacerlo, esto lo acepto ahora que ya pasaron muchos años. En ese tiempo ni siquiera lo consideraba como una opción. Aunque, quizás una noche, no estoy seguro, una noche estuve a punto de contarle lo que me afligía. Me senté de golpe en la cama, agitado, seguro de que había gritado, intenté bajarme de la cama, pero la pieza estaba a oscuras y mientras más miraba a mi alrededor más me convencía de que aquella no era mi pieza, de que ni siquiera estaba en mi casa. No sabía en qué lugar me encontraba y me acosté de nuevo convencido de que nadie me había escuchado. Mi madre abrió la puerta de la habitación, encendió la luz, apartó la frazada de mi cara y me tocó la frente y las mejillas.

—Estás volando en fiebre.

—¿Qué es eso mamá?

Mi voz estaba apagada como la voz de un anciano o la de un niño envejecido por el desvelo.

—Es este calor —me dijo. Y puso una mano en mi frente.

—Eso es frío mamá —. Sentí que la mano de mi madre era de piedra.

El millar de balidos en mi cabeza me hacía ver chispazos de luz en la oscuridad, debía llamarlas a cada una por su nombre, para entonces el cordero rojo ya era un carnero monstruoso y pedía su nombre.

Mi madre volvió con un jarabe que casi vomito y me puso paños en las axilas y en la frente.

—¿Sabés lo que pasa mamá?

—Estás enfermo, debe ser la garganta.

—¿Tengo que ir a la escuela?

—No, Joaquín, estás enfermo. Enseguida que llegue tu papá nos vamos al hospital.

Por un instante fui feliz. El temor que me causaba ese niño quedaba anulado por un día, debí contarle todo a mi madre, ella habría encontrado la solución, siempre tenía un remedio para todo. Esa mañana me quedé dormido en un sueño sin ovejas. Cuando desperté la mano de mi madre de nuevo estaba apoyada en mi frente, era suave y tibia, jugaba con mi cabello como un pajarillo travieso, contándolo y recontándolo hasta posarse en mis mejillas y traerme de nuevo el sueño, el buen sueño, ese sueño que me hacía desvanecer en la nada.

No sé si a ese carnero le puse el nombre del niño, en esos días estaba escaso de ideas por los desvelos. Ahora que lo considero, es probable que le pusiera el nombre de ese niño y me da risa que tampoco lo recuerde. Puedo recordar hasta los detalles más insignificantes de mi niñez, pero no consigo hacerme con ese nombre que me traería la tranquilidad, la paz que tanto deseo.

Así transcurría mi vida entre esas noches invadido de ovejas y la certeza de que al amanecer debía enfrentarme otra vez a ese niño y luchar por no mirar sus ojos, como había hecho Perseo una vez con las gorgonas y que yo llevaba incontables veces repitiendo en la escuela.

Hasta que un día no volví a verlo, al menos no físicamente. Su familia se había mudado. Yo sigo acordándome de su cara cómo si ahora mismo lo estuviese viendo: sus orejas grandes y hacia adelante, sus cejas espesas como dos ríos revueltos que confluían en el entrecejo semifruncido, como si sus pensamientos pensaran sobre sus pensamientos y así hasta el infinito, hasta desbordar su mente y contaminar su cara flaca de pómulos marcados. Lo recuerdo siempre dibujando diminutos círculos y líneas onduladas en su cuaderno, siempre escribiendo, sí, ahora estoy seguro que esos dibujos eran letras, palabras.

Una mañana mientras todos pintábamos con crayones y la señorita Clarisa fumaba en el patio, él se acercó al armario que estaba a un lado del pizarrón y tomó el libro que estuvo leyendo la maestra esa tarde. Lo acarició y en sus ojos noté un brillo, vi que sus labios se movían con un temblor diabólico y en su cara se dibujaban los rostros de otras personas. En aquel momento sentí terror y quise escapar. Pero las manos de la señorita Clarisa agarraron mi cabeza. La cabeza donde un millar de ovejas eran sometidas a la tiranía de un carnero, ya medio muertas de hambre y molidas a golpes. Esa noche se revelaron y ya no pude dormir. Tampoco ese niño habrá podido dormir por lo menos esa noche de la cachetada que recibió y sólo atinó a devolverle el libro y a mirarle a los ojos como me había mirado a mí. No sé qué le habrá pasado a Clarisa, pero esa tarde se retiró temprano, no nos dijo ni una sola palabra, yo esperaba escuchar esa voz endulzada y falsa, como voz de payaso, que repetía las mismas palabras día tras día al final de cada clase. Esa vez se fue y nos dejó en manos de otra maestra.

Hay veces en que creo haber visto en los ojos de Clarisa un brillo fugaz y turbio aquel día cuando tomó su bolso y se fue del aula sin decir nada, pero tal vez sea un falso recuerdo, la vida es infinitamente compleja, enmarañada, reptante y sibilante como una cabellera de serpientes. También podrían ser los ojos de mamá cuando papá me llevó oculto en su campera a visitarla al hospital, le pregunté a mi papá porque tenía que entrar a la sala escondido en su campera y no me respondió. Mamá aún continuaba, cada vez que los dolores se lo permitían, tejiendo esos escarpines verdes eternos, y destejendo los puntos malhechos mientras decía un nombre tras otro, y yo por indicación de ella apoyaba la mejilla en su panza aguardando que mi

hermano escogiera el que debía ser su nombre, o quizás fuera el brillo fugaz y turbio de la mirada del tío Esteban, cuando dijo, sentado en el sillón de muselina: una trombosis oportuna me liberó de ese cautiverio, la pobrecita me quería mucho pero estaba loca, y me maravilló que lo dijera sin una pizca de tristeza.

Pasaron los años, el tío Esteban murió una tarde sentado en el jardín de su casa, se había comprado una casa a orillas del Xibi Xibi, vivía con una muchacha muy tímida que paradójicamente, según mi tío, estudiaba la Licenciatura en Comunicación Social. Por ella supe que lo último que vio mi tío fue a un estornino lavándose las plumas con la arena del jardín, que lo veían juntos y cuando el estornino alzó el vuelo mi tío ya estaba muerto.

Creo que fue a partir de ese día, del día en que murió mi tío Esteban, que el recuerdo del niño cobró fuerza, ese niño que fue mi compañero de clase por un par de meses y que después, desapareció sin dejar rastro. Mis antiguos compañeros, tipos casi desconocidos con los que hice toda la primaria y parte de la secundaria, no lo recordaban, para ellos todo aquello del niño que sabía escribir cuando nosotros apenas pintábamos con crayones y que una vez leyó el libro de Clarisa, todo eso, nunca ocurrió. Por un tiempo me convencí de que ellos tenían la razón. Hasta hace dos años que lo encontré en un bar de la calle Suipacha.

Yo leía el diario mientras esperaba al mesero para pagar la cuenta, cuando escuché un arrastrar de sillas, miré por encima del diario, vi a las dos mujeres que antes parecían discutir y ahora se levantaban alegres y subían a su auto, vi al mesero de perfil, no era el mismo que me había servido el café, levantaba la mesa que habían ocupado las mujeres, me quedé mirándolo para asegurarme de que era el niño que había conocido hace años, lo vi sirviendo un café al de la mesa del frente, sentí escalofríos y náuseas. Ahí estaban otra vez esas orejas prominentes esa cara huesuda que por fin se correspondía con su cuerpo. Estrujé el diario con fuerza para contrarrestar el temblor.

Él se acercaba, yo no conseguía controlarme, necesitaba huir, era muy fácil, dejar la plata en la mesa, levantarme caminar o correr simulando que deseaba alcanzar un taxi o que llegaba tarde a alguna cita. Cuántas veces hubiera podido retirarme, pero estaba allí, paralizado, mientras él se acercaba. Le di la plata como si me estuviera asaltando.

—Quédese con el cambio —le dije mirándolo furtivamente.

No me dijo gracias, al contrario, pareció sorprenderse y algo raro debió notar en mi cara.

—¿Se siente bien señor? —me preguntó inclinando su cabeza como siempre hacen los mozos, tal vez para denotar educación o compromiso.

Al instante me di cuenta de que había cometido un error. Ese mesero no venía a cobrarme la cuenta, sino que tenía que pasar frente a mi mesa para tomar el pedido de la mesa que estaba detrás.

—Gracias, estoy bien. Es una alergia, nada más—. Y le indiqué con el mentón la florería de la esquina.

—¿Desea que llame a un médico?

Él intentó fijar su mirada en mis ojos, pero yo lo esquivé mirando mi reloj. Quién sabe qué hubiera visto dentro de mí, después de lo que les hice a mis ovejas, después de tantos años.

—Muchas gracias. Sé cuidarme —le dije, fingiendo que estaba tranquilo, que no pasaba nada, y una picazón en la garganta me hizo lagrimear aún más—. Son las flores —le dije. Soy alérgico y recién me doy cuenta de que allá está esa florería. Por supuesto que no era verdad, pero no se me ocurría ninguna otra cosa que decirle. No quería levantar más sospechas.

Cuando le dije esa mentira, sentí alivio, respiré profundo y me quité los anteojos para limpiarlos con un pañuelo. Él ya se iba, lo noté extrañado como si hubiese perdido algo y no supiera qué era ese algo, o como si estuviera buscando mi cara entre lo más tenebroso de su memoria; se había olvidado de tomar el pedido al tipo que estaba detrás de mí, de pronto se volteó y me clavó su mirada en los ojos.

—Te conozco de algún lado —dijo, guardó los billetes con los que le había pagado, que hasta entonces había estrujado en su mano derecha, se limpió las manos con el repasador que traía a la cintura, sin quitarme la mirada de encima—. Pero sí, nunca olvido un rostro —agregó, sin dejarme decir nada—. Fuimos compañeros, hace años, nunca volví a conocer a una persona tan solitaria como vos, después no te vi más, te mudaste, supongo.

Sentí que mi vida se tambaleaba al borde de un precipicio, y un raptó de lucidez fulgurante me iluminó: tenía la certeza de que nunca más podría diferenciar esa maraña de recuerdos enredados, reptantes y sibilantes, y lo que de verdad había ocurrido en mi infancia; incluso los cuentos del tío Esteban y lo que yo hice con esos cuentos en esas noches en que el miedo me desvelaba. Derribé al mesero de una trompada y quedó inconsciente, oí gritos, insultos, corridas, cristales que se quebraban, mientras yo me arrodillaba al lado de ese cuerpo frío y pesado, ese cuerpo que parecía haberse convertido en piedra, rogándole que me dijera su nombre, como si eso pudiera modificar algo.